

DOMINGO

LUIS ARTURO RAMOS

I

Lo sacudió el retumbar del tranvía. Permaneció en un estado intermedio en el que sólo la conciencia de la dificultad para abandonarlo parecía real y permanente. Segundos después, el ruido se apoderó del espacio. Ocupó sitios definidos, memorables, hasta que una calle apareció en su cerebro. Luego la tibieza de la luz se hizo presente. Alcanzó el lecho y lo obligó a retirar la manta. Se quedó ahí, atento a la reverberación del tranvía, hasta que desapareció en la luz vulnerable y tierna de la mañana, en la certidumbre de que todo empezaba otra vez.

Sentado en la cama se dedicó a la contemplación de sus piernas. Miró los pies abandonados en la madera del piso como dos objetos sin dueño, inservibles por el uso igual que un par de zapatos descoloridos. Comparó el tono de su piel, la contextura de sus huesos, con aquellos que se le mostrarían amparados en la desvergüenza de quien se desviste por necesidad. *Las putas y los enfermos se parecen*, dijo y se percató de que hubiera sido una buena línea.

La luz se curvó en el lecho. Propiciaba un humor denso que nacía de la cobija revuelta, herencia de las tierras frías y tan inútil aquí como las frases que le llenaban la cabeza. Sobó sus muslos para devolverles un poco de color. Con las manos midió el grueso. Podrían pasar por las de un niño crecido a destiempo si no fuera por el matiz, la flacidez.

Los quejidos lo sacaron de su ensimismamiento. Dirigió la vista hacia la puerta y aguzó el oído en espera de la respiración, de algún movimiento revelador. Estaba viva. Todavía estaba viva y no se atrevía a decirse que qué bueno o qué malo. Estaba ahí,

encogida a pesar del calor, reuniendo fuerzas para quejarse de la luz que ya caldeaba aquel cuerpo tan parecido al suyo.

Todavía en calzoncillos fue hasta la palangana y borró de su cara todo rastro de sueño. La sensación del mar golpeó su piel y le dejó la idea de que nada había sucedido. Se describió a sí mismo abandonando el mar justo cuando la primera luz doraba la superficie. Su lenta caminata hizo del amanecer apenas un breve intervalo entre el mar del sueño y la vigilia de ese lecho oloroso a calor. El día y la noche separados por algo más que un poco de luz. Otra piel quizá. O el don de la profecía. Pero la noche sólo tenía sentido para vampiros o licántropos. Para el resto de los mortales resultaba no más que el azoro momentáneo de verse con otra cara, el cotidiano deber que obliga a reponer la camisa o buscar la sábana adicional. O tal vez la conciencia de que había llegado la hora de volver.

El trepidar del segundo tranvía se paseó por la calle. Sintió bajo sus pies la vibración de la duela. Advirtió las grietas palpar contra su piel como si pisara un cuerpo vivo. El aroma de la madera ocupó el sitio que antes limpió el agua fresca. *La conciencia de que es hora de volver.* Y había vuelto. Más viejo y más comprometido. Y como las putas y los enfermos apelando al lugar común para explicar su padecimiento. Peor quizá, porque en su caso todo resultaba de una verdad incuestionable. La verdad de la mujer enferma, del ejercicio de su profesión, de su regreso.

Caminó hasta la ventana y sacó medio cuerpo al balcón. Oculto a medias por las cortinas, trató de adelantarse al paso del siguiente tranvía. Pero sólo escuchó las puertas, las voces infantiles que decían: “Adiós, adiós”, con la hipócrita valentía de quien se despide para regresar cuatro horas después. Él había resistido más tiempo. Sin embargo volvió a pesar de ese adiós que pensó definitivo y que se fue carcomiendo con el paso de los años. Había vuelto a pesar de su promesa y del asco que se obligó a sentir por esta ciudad.

Pero a fin de cuentas los adioses prometidos por los niños habían logrado ponerlo contento. Y hasta creyó descubrir, confundido con los gritos y las carreras, un resabio de la vieja esperanza que empequeñecía todos los días. O al menos la felicidad pasajera que permite la simulación de que es uno quien se marcha; el que declara ese adiós desvergonzado que lo alejará del gris de los médanos, de las casas de piedra muca, de la vetusta luz que débil y todo conseguía resquebrajar la oscuridad. Pero quedaban los almendros y los framboyanes. Quedaba el deber. Esa enfermedad contra la que no hay vacuna.

Descubrió el ruido y el reloj en su cabeza dibujó el cuarto para las siete. Imaginó al tranvía solemne y bamboleante inventar una calle con tan sólo su paso, a la manera de un Adán obeso y aburrido que le va poniendo nombre a las cosas. Volvió a la pieza y colocó la oreja en la madera de la puerta. Escuchó el resollar pausado de la respiración. Regresó a la cama y mientras se ponía los pantalones, tarareó una vieja tonada acompañado por el lento desvanecimiento del tranvía.

II

En aquel entonces abrió una puerta parecida. La culpable de obligarle a creer que todas las puertas cerradas son siempre la misma. Pero esta vez abrió la que correspondía y constató que todo seguía igual. El ir y venir de aquel aliento trabajoso estaba ahí. Vivo y torpe, empujándolo a confundir el tiempo y la ocasión. Por eso fue como si regresara al pasado. Como si hoy repitiera una vez más, como todas las mañanas, el viejo retorno de hacía ya tres años.

—Madre... Es hora. Tu medicina.

No hubo respuesta. Aguardó los segundos que la ceremonia ameritaba y repitió el reclamo.

—Madre... La medicina.

El bulto se removió. Apareció una masa de pelo amarillo que paulatinamente recuperaba la blancura de la ceniza en la medida que se apartaba de la luz. La mujer le sonrió desde las mantas.

—¿No tienes calor?... Van a dar las siete... ¿No tienes calor?

El susurro de la voz restituyó a sus dimensiones originales aquel cuarto al que la claridad volvía hondo y sin límites. Le contestó que se sentía bien. Que el calor la ayudaba.

La mujer se incorporó hasta apoyar la espalda en la cabecera del lecho. Sonrió otra vez consciente del triunfo de sus movimientos, de la derrota momentánea del dolor.

—¿Quieres que te acerque a la ventana?

Sabía que le diría que no. En la plaza vecina, las hojas de los almendros acumulaban brillos en la humedad de sus vueltas. La mujer negó con la cabeza y su mueca le hizo saber

que la acción resultaba dolorosa. ¿Por qué no habla?, se preguntó. ¿Por qué le gusta el dolor? Pero sabía que no era cierto. La voz resulta inútil cuando se trata de dos personas. Había que dejar las palabras para ocasiones más concurridas.

Mientras racionaba las gotas en el vaso, mientras seleccionaba las pastillas y vertía el agua en otro recipiente, la observó por el espejo del tocador. Miró su perfil largo y caballuno. El pelo apretado y duro formaba un aura en la que ni una sola hebra rompía la solidez del contorno. El tiempo y la inmovilidad habían convertido en un casco de plata viejo y estriado el cabello antes tremolante, dispuesto a responder al menor asomo de viento. Y aún sonreía con el recuerdo cuando un brillo repentino, el golpe de la luz contra el espejo, conmovió aquella imagen apacible hasta hacerla reventar en ondas luminosas y serpeantes. Entonces su madre volvió la cabeza y él encontró su mirada en el cristal. Sonrió y fue como si sus labios cobraran la forma de aquellas prolongaciones que desbordaban su cabeza. La vio sonreír y sintió miedo de la cara en el espejo.

Agitó el líquido en un intento por despojarse de la visión. El olor de la medicina subió hasta su nariz. El uniforme golpeteo de la cucharilla lo obligó a bajar la vista. El agua del vaso cambiaba ante sus ojos. El verde se volvió rojo y se aquietó en un violeta. Esta vez no culpó a la luz. Todo parecía transformarse a pesar de la inmovilidad del aire.

Se acercó al lecho con los dos vasos en las manos. Las pastillas aprisionadas en los tres últimos dedos de la mano derecha. Su madre lo miró a los ojos como si temiera un error. Mientras bebía de un vaso y tragaba luego las pastillas con el agua del otro, mantuvo los ojos en los de su hijo a la espera de un gesto delatorio. Al menos eso pensó. ¿Creerá que puedo envenenarla?, volvió a preguntarse.

Su madre le había dicho. Muchos años atrás le había dicho: “Si yo fuera médico intentaría el crimen perfecto... ¿no crees que a los médicos les está concedida la posibilidad

de matar sin rendir cuentas por ello?”. Se rieron. Todos los presentes se habían reído de la ocurrencia. Pero ella, con la copa del brindis en la mano, protegida luego por la acción de llevarla a la boca, lo miró con una mirada igual o parecida. Lo miró y sonrió con un gesto que pudo haber sido un reto o una insinuación. Entonces él, sin rehuir la mirada, le dijo que para algunos, los escritores tal vez, la posibilidad se volvía obligación.

En esos años su cabello ya había adquirido su extraña consistencia, aquel brillo que deslumbraba por su total blancura, nadie sabía si por obra de los tintes o de aquella estirpe de la que estaba tan orgullosa. Herencia familiar, las canas prematuras eran rasgo distintivo de las mujeres de su raza. “Si hubieras nacido mujer, ya tendrías el pelo completamente blanco”, acostumbraba decirle.

Pero no había nacido mujer. Y la que ahora se apoyaba en la cabecera de la cama, endurecida por la inmovilidad y los años, era ya otra. Distinta aunque la misma; así como una puerta cerrada se parece a otra.

Le devolvió los vasos y al hacerlo tocó el dorso de su mano. Pendiente de la ventana, dejaba la vista en las ramas de los árboles con el mismo desgano con que olvidaba su mano en la de su hijo. Él se mantuvo ahí, quieto, conteniendo la respiración sin saber por qué. Miró el ahora inocuo perfil de su madre y luego lo que sus ojos parecían mirar. Permanecieron sin moverse hasta que, lentamente, como una voz que desde lejos los llamara, fue surgiendo el parsimonioso trepidar del tranvía.

—Las siete, madre.

Retiró la mano. Un sentimiento de vacío y libertad lo colmó de pies a cabeza. Pocas veces lo tocaba y cuando lo hacía quedaba aquella difícil sensación mezcla de alivio y desamparo. *Se descubrió sin peso, con la certeza de que hubiera podido volar si lo deseaba,* escribió en la memoria y se arrepintió al instante.

—¿Te sientes mejor? —preguntó a manera de penitencia por lo que consideraba una traición.

La mujer afirmó con la cabeza y ni siquiera sonrió para agradecerle su interés. Se alejó de la cama para colocar los vasos en el tocador y escuchó los golpes en la puerta.

Casi a la carrera salió de la habitación y desembocó en la suya. Cruzó luego la pieza que servía de consultorio y abrió la puerta. La violencia de su acción provocó en la mujer un cómico estremecimiento que recorrió su cuerpo y se detuvo en las manos que sostenían la bandeja.

—El desayuno, doctor —dijo como si se tratara de una disculpa.

Intentó pasar pero él se lo impidió con el cuerpo. Se quedó ahí, colmando el vano de la puerta, inmenso ante los azorados ojos de la mesera. La mujer lo miró extrañada y ladeó la cabeza para descubrir lo que seguramente ocultaba. Segundos después hizo un gesto de indiferencia y depositó la bandeja en las manos del doctor.

—¿Qué va a querer mañana? —le preguntó con un dejo de protesta.

Le pareció estúpido, pero al escucharla se percató de que lo importante era alejarla de ahí. El descubrimiento lo llenó de perplejidad y de una imbatible conciencia del ridículo. Se sabía ahí, frente a ella, sosteniendo una charola que empezaba a quemarle las manos, sofocado por la vaharada de huevos y frijoles, pero sintiendo crecer en su cabeza la certidumbre de que había que echarla de allí para dejar espacio a ese día que empezaba a resultar diferente aunque las cosas se eslabonaran con una similitud aterradora.

—¿Qué va a querer? —insistió la mesera.

—Lo mismo. Lo de siempre —dijo con apresuramiento—. ¿Qué día es mañana?

—Lunes —contestó la mesera visiblemente perturbada.

No supo si mentía o decía la verdad. De todos, modos qué importaba. Todos los días eran el mismo día, igual que una puerta se parece a otra.

—Bien... entonces trae lo mismo —agregó consciente de la inverosimilitud del diálogo.

—¿Y su mamacita cómo está? —se atrevió a inquirir la mujer en un obvio intento por deslizar al interior aunque fuera el ruido de sus palabras.

—Mañana te pago —le dijo.

Dio dos pasos atrás y cerró la puerta con el pie. ¿Pensará que la he matado?, se preguntó. De haber sido otro día hubiera permanecido con el oído en la puerta para escuchar los rezongos de la mujer, o la cancioncilla de fingida indiferencia que inmediatamente comenzaba a cantar para demostrarse a ella misma que de todos modos nada le importaba.

Invirtió unos instantes en el acto de reservar para sí mismo la taza desportillada. Colocó luego el único tenedor del lado de su madre. Cuando entró a la recámara, la mujer había cambiado de postura y daba la espalda a la puerta. De frente a la ventana, el perfil de su cuerpo se erizaba de luz. Supo que no estaba dormida. Que lo vigilaba desde su silencio para obligarlo a decir las primeras palabras.

—El desayuno, mamá.

Ella prefería *madre*; sin embargo la llamó de esa manera en un intento por vencer su lejanía. La estrategia surtió efecto. La mujer se revolvió en la cama y lentamente inició el proceso de desplazamiento. Presenció su transformación. La vio aparecer delante de la luz como una ola dolorosa y torpe. La miró rehacer su cuerpo frente a sus ojos como un ser ambiguo que evolucionara desde millones de años en apenas unos segundos. Lo castigó con su dolor, sus movimientos, con los mil cambios que se abrieron en su cuerpo maltratado y

sin jugo. Lo castigó sin palabras ni quejidos porque ella era la visión del dolor y de la soledad. Bastaba con estar ahí y hacérselo saber.

Asistió al espectáculo con dignidad y reciedumbre. La recibió de frente, con la bandeja en las manos, como un amigo que da la bienvenida a quien ha estado lejos mucho tiempo.

—¿Por qué no le pagaste? —, le preguntó cuando estuvieron cara a cara.

Sonrió al recordar el asombro de la mesera. El gesto que le reprochaba la sinrazón de su comportamiento. Supo entonces que a pesar de algunos augurios en contra, empezaba ya la existencia de ese día que por alguna razón aún no desentrañada, se le volvía especial.

III

—... como los almendros y los framboyanes.

—Qué dices, madre.

—Digo que como los almendros y los framboyanes.

—Qué pasa con ellos.

La mujer miraba por la ventana. Muy cerca de ella, tan próximas que hubiera podido tocar algunas, las hojas del almendro recogían la luz de la tarde y la convertían en minúsculas figuras geométricas que luego, cuando el viento agitaba las ramas, rodaban por las cuencas de las hojas anchas y morenas.

—Digo que son como las personas... O mejor dicho, que las personas deberían ser un poco así.

Miró las hojas y trató de encontrarlas corrientes y vulgares. Carcomidas de insectos y vejez. Pero no pudo. Eran hermosas. El brillo del almendro, la flor del framboyán. En eso había salido a su madre. Amaba el verde fresco de las hojas después de la lluvia. El sabor ácido de las minúsculas hojas del framboyán. El violento contraste de los dos árboles que crecían tan juntos que enredaban las ramas. No respondió. Continuó envolviendo el polvillo blanco en los papelitos de estraza, apilándolos cuidadosamente en la esquina de la mesa.

—¿Te acuerdas de la historia de la Medusa?... De niño te gustaba que te la contara y contara.

Se levantó. Eliminó de manos y camisa los restos del polvo medicinal. Caminó hasta la ventana y sacó la cabeza. La plaza estaba desierta. Sopesó la claridad y concluyó que tenía dos horas más. No había relojes en la habitación. Su madre no los admitía. Sería

tanto como el certificado de su confinamiento. Sin ellos y con un poco de imaginación, podría vivir con el engaño de que acababa de llegar, que recién se había acostado, que dormía apenas una siesta para despojarse del cansancio de una mañana atareada.

—¿Quieres que te saque al balcón?

La mujer negó con la cabeza y entrecerró los ojos esperando que se diluyera el dolor. ¿Por qué hace eso?, se preguntó. ¿Por qué tiene que hacerlo delante de mí?

—La tarde está muy bonita —dijo sin dejar de mirar por la ventana.

—... te divertía mucho lo de los cabellos de serpiente. ¿Cómo podrá ser una mujer con pelo de serpientes?, me decías. Entonces yo te tomaba de la manita y te llevaba al patio. Mira el framboyán, mira el almendro.

Cerró los ojos. Se negó a recordar.

—Para qué me hiciste entonces que le pusiera ruedas a la cama.

—... te morías de risa cuando imaginabas a la gente en el acto de convertirse en piedra. ¿Y comían y iban al baño y sentían picazón y no podían rascarse?, preguntabas.

Se dio cuenta de cómo el recuerdo la apartaba del dolor. La ayudaba a desplazar el cuerpo para que el suyo no interfiriera con el minúsculo paisaje de almendros y framboyanes.

—Si lo único que quieres es estarte ahí...

—Entonces se nos ocurrió la idea de mostrarte cómo es el hombre por dentro... Y tu padre y yo te explicábamos... Esto sirve para respirar, esto para bombear la sangre por todo el cuerpo.

—Mamá, mamá... de qué hablas.

Pero ella había encontrado el camino y regresaba con aquella voz que resonaba en las paredes del cuarto, se mezclaba con el rasguño de las hojas en la ventana y el quedo jadear del viento en los cristales.

—... y te dijimos que qué bonito que fueras médico como tu padre y tu abuelo y como yo que nunca pude porque me casé para tenerte y cuidarte así como ahora me cuidas tú...

Volvió a la mesa. Ocultó su temor tras el agitado ejercicio de sellar sobrecitos con cinta adhesiva. Trató de ahuyentar aquella voz empecinada en hacerle pagar la culpa de su huida.

—Cállate mamá... Por favor cállate.

Supo que la luz se acumulaba en su cara y hacía huir toda huella de dolor. Restituía brillo y lozanía para que él desde la oscuridad de sus ojos cerrados, entre el olor de los polvos, presintiera la resurrección de aquel rostro tan parecido al suyo. Supo que la mujer sonreía a sus espaldas, enmarcada por las ondas de un cabello que recuperaba lustre y flexibilidad.

Se levantó. Volcó la mesa. Los sobres desparramaron un polvo quemante al olfato. Aulló a mitad del cuarto en un intento por acallar la voz que susurraba su historia.

—Arranco entonces las ruedas, mamá. No es justo que te quedes ahí nada más.

Pero ella continuó con el mismo susurro, sin despojar a los árboles de su mirada. Haciéndoles saber que agradecía las hojas, la luz, la humedad que reservaban para aquella anciana enloquecida por la inmovilidad y el abandono.

—... amarrados por las raíces a la tierra suya y de sus gentes. Amarrados por las raíces como las gentes están amarradas por los recuerdos.

—Mamá, mamá... Si seguimos así vamos a acabar locos.

IV

Escuchó los murmullos. Más allá de la puerta rebullían las voces y las pisadas. Frente a él, apilados en pirámides exactas y meticulosas, los sobres de estraza protegían la magia de los polvos. Miró el reloj de su escritorio y mientras aguardaba que la manecilla de los minutos llegara a las doce, presintió la sombra en el vano de una puerta que no escuchó abrir. El olor del cuerpo lo obligó a levantar la vista: era una mujer exageradamente gorda para su edad y su tamaño. Después se percató de que se trataba de algo más repugnante que una simple obesidad prematura. Desde su pecho colgaba un bulto que la mujer resguardaba con el rebozo. Se miraron a los ojos y descubrió miedo en los de ella. La mujer abrió el rebozo y mostró a manera de disculpa la razón de su atrevimiento. Pegada a ella, casi parte de su cuerpo, advirtió el bulto de una criatura que parecía dormir.

—¿Tiene usted cita? —le preguntó olvidado del tiempo y del lugar. Como si no existieran 23 años entre el momento en que tales frases tuvieron sentido y éste donde todo estaba de más.

La mujer no contestó. Abandonó el umbral y se acercó hasta tocar con su cuerpo, con el cuerpo del niño, la orilla del escritorio. Una pestilencia ácida (*sudor y cansancio entremezclados. Polvo de viaje y duermevela*, hubiera podido escribir) lo obligó a ponerse de pie. En la puerta, las caras aterradas de los pacientes aguardaban por una muestra de violencia. La reposición del orden destruido por la súbita presencia de la mujer.

—Pase... Siéntese.

La mujer depositó en el escritorio el cuerpo del niño. Lo hizo cuidadosamente, como si se tratara de un objeto colmado de filos. No obstante la delicadeza de su

movimiento, desequilibró una de las pirámides primorosamente edificadas. Y como si aquel breve cataclismo fuera la anticipación del porvenir, médico y paciente abandonaron todo para seguir con los ojos el desmoronamiento de la arquitectura de estraza. La mujer sonrió. Sonrió consciente de su torpeza y de lo que ésta podría ocasionar. Pero el médico ya iba hacia la puerta y la cerraba con un golpe que retumbó en la duela del piso e hizo que el montón recién derribado vibrara como una telaraña al golpe del viento.

Abrió las ropas del niño y se asomó a su cuerpo. Ponderó el color. Se maravilló con la indiferencia del infante. Contrastó la ajenidad de aquélla piel flácida y tirante al mismo tiempo. Estaba muerto. Acababa de morir porque la rigidez apenas si comenzaba a manifestarse. Muerto quizá durante la espera. Vivo apenas irnos minutos antes, nutrido por el calor que le contagió la madre durante ese apretado viaje a través del polvo y el verde desvencijado del campo sin lluvia. Pensó en su propia madre. En la mujer que a dos puertas de distancia contemplaba almendros y framboyanes resecos.

—Está muerto —e hizo un ademán parecido al que ejecuta quien rechaza un objeto inservible.

La mujer pareció no escucharlo.

—Está muerto —repitió a punto de violentarse. No le dolía la desaparición de una criatura inútil, sino el vacío que sintió en ese momento. Y por llenarlo con algo derribó de un manotazo el resto de las pirámides medicinales. La mujer se sobresaltó y esta vez se atrevió a romper el silencio que hasta la muerte de su hijo había respetado.

—Perdone usted —dijo consciente de una culpa a la que no lograba poner nombre.

El médico reventó en una carcajada. La mujer recogió a su hijo y lo guardó en el rebozo. No la vio salir; pero esta vez escuchó el ruido de la puerta y luego, la expectación de los pacientes golpeó su nuca como el aliento de un animal.

—El que sigue—, gritó.

(Entran tímidamente. Admiran los frascos, la herramienta niquelada y brillante. Los grabados de hombres abiertos en canal, los enormes cartelones que representan el cuerpo humano desde la epidermis hasta el hueso. Atisban las viscosidades color ámbar, la colección de piedras de arquitectura renal. Se detienen ante el par de fetos que devuelven la mirada desde las paredes combas del matraz y terminan por sonreír bajo el brillo jubiloso del cristal que protege el título de médico, sabedores de que han llegado a la tierra prometida.)

V

Abrió la puerta. Otra aunque siempre la misma. (*Todas las puertas se parecen*, hubiera podido escribir.) Y a pesar de que su madre fingió sorpresa al verlo ahí, afianzado al suelo por las dos maletas atiborradas que colgaban de sus manos, lloró lágrimas auténticas. Lloró largamente en su hombro obligándolo a mantener la cabeza en un ángulo doloroso para evitar la masa dura y punzante del cabello que le hería la cara. Se estuvo ahí, oyéndola gemir allá abajo, sintiendo el peso de las maletas desgajar sus brazos, alzando los ojos al cielo del departamento igual que cualquier mártir de estampa barata.

—Has vuelto, hijo... Sabía que volverías... Siempre lo supe.

Y recordó más allá del dolor en los hombros, de la imposibilidad de hallar sitio a las maletas, las veces que tachó furiosamente frases como aquellas *Porque ya nadie dice cosas así*. (Te extrañé tanto... Una madre siempre perdona... La Virgen también fue madre y sabe de sufrimientos.) Que nadie jamás había dicho frases como las que su madre ahora repetía.

Resistió el abrazo y aquellas lágrimas que no se explicaba porque apenas dos semanas antes había estado ahí, en esa misma sala, para decirle que estaba bien, que volvería.

—No a ayudarte a bien morir, madre... Regreso porque estoy harto.

Y su madre se desprendió de su cuerpo para conducirlo hasta la recámara y solicitarle que cerrara los ojos para no ver lo que ya adivinaba que vería. Abandonó el peso de las maletas y recibió el otro, más liviano, apenas perceptible luego del martirio del anterior. Advirtió las rugosidades del marco, la pestilencia del alcanfor. Percibió sobre sus

párpados cerrados el calor de la mirada de su madre y en la cara toda, la cercanía de aquella sonrisa que se abría frente a él, al pie de su rostro inmóvil.

—Abre los ojos, hijo.

Vio el título de médico. Las firmas ampulosas. Los sellos y escudos. Dio vuelta al marco para enfrentar la segunda parte de una escena ya representada. *(Cuando te sientas desfallecer —Así dijo: “Desfallecer”— lee lo que dice al reverso y no claudicarás.)*

“El arte es largo, la vida es corta”. Hipócrates. La oportuna idea que provocó aplausos y comentarios durante el brindis. Luego la charla acerca del todopoder del médico. El crimen perfecto. El mando sobre la vida y la muerte. “Para los escritores, la posibilidad de la muerte se vuelve obligación”, le dijo eso o algo parecido y su madre le respondió con una mirada que es la misma desde entonces.

Volvió a dejarse abrazar mientras le agradecía su deferencia, su cuidado. El marco comenzó a pesar en su mano derecha. Le devolvió el recuerdo de las maletas, de su regreso, de los 23 años fuera de aquella ciudad. Imaginó su título de médico como los grilletes que lo anclaban en ese territorio sosegado y dócil; pero se arrepintió al instante. Era demasiado cursi. Tales comparaciones estaban fuera de época. Sin embargo permanecían ahí, al alcance de la vida mas no de la literatura.

Seis cuentos a lo largo de 23 años. Seis cuentos publicados en periódicos de segunda y revistas de tercera. Cada uno con el nombre de un día de la semana. Cuentos que empezaban el lunes y terminaban el sábado. Publicados y republicados una y otra vez mientras las becas pasaban rozándolo y los editores lo invitaban a esperar los tres años reglamentarios para todo primerizo. Y por rehuir los tres años se empantanó en una espera nunca aceptada que duró veinte. Hasta que la soledad de su madre viuda degeneró en

padecimiento, y uno puede eludir el deber para con la riqueza mas no para con la enfermedad.

Ahí estaba el juramento. Hipócrates.

—Cuando te sientas desfallecer (*Nadie dice ya frases como esas, doctor*, le dijeron y lo creyó), lee el reverso y no claudicarás.

Y a pesar de su vuelta. De los conjuros. De los fetiches en las paredes del consultorio, su madre abandonó los lentos pasos por el departamentito para sostenerse temporalmente en una silla de ruedas y luego en aquella cama sitiada por almendros y framboyanes. Su cabello adquirió la consistencia de la arena, para cristalizar después en un caparazón que tenía las vueltas del caracol.

La cabeza creció sobre la almohada más llena de recuerdos que de padecimientos. Y ahora pesa en el hombro de la vida porque ya no lo hace en el hombro de su cuerpo. Se rio. Nada más cómico que constatar que tu propia historia resulta tu mejor literatura.

VI

El rancharo expande el estómago y acepta la auscultación. La mano incursiona por la superficie verdosa. Advierte la vida interior transparentada en movimientos convulsos y recurrentes. Palpita la existencia del pobre tipo que hiede a bestia, que le observa los ojos con una mirada carcomida por el miedo. Él musita en voz baja, consciente de que el hombre se empeña en traducir sus gruñidos. Lo atemoriza aún más girando la cabeza en una negativa condenatoria. Apela al estetoscopio. Le ordena que se siente, respire hondo, tosa, diga algo.

¿Qué digo?

—Lo que sea.

El hombre murmura un “No sé qué me pasa”, y él recoge con el aparato un eco que no consigue interpretar como tampoco logró antes traducir en algo concreto el rebullir de sus tripas.

—Levántese. Vístase... El que sigue.

Y todos se despojan de sus ropas y de las sonrisas y aparece el miedo y la espera de sus palabras. Las órdenes que regirán la vida de esos patanes y de sus mujeres desdentadas y sus hijos esqueléticos y sus ancianos repugnantes que sin embargo pagan. Y no precisamente con cerditos o guajolotes como en cualquier cuento costumbrista.

—No es nada. Despreocúpese. Tómese esto. Compre lo que aquí le apunto.

Y sonríen porque les garantiza la vida aunque no sabe de qué se irán a morir ni cuando. Se percata de que engaña impunemente, orgullosamente. Engaña como quien cuenta historias o las escribe. *Tus personajes no tienen vida propia... Los condenas de*

antemano. Los entregas desde las primeras líneas. No hay sorpresa para el lector. Si es que existe alguna. La vida no es más que la repetición de los mismos actos avalados por idénticas palabras. Desvístase, acuéstese. Tiene usted cáncer. Se va usted a morir. No tiene usted nada. Mañana se le quita. El que sigue... El que sigue.

VII

Decidió que se quedarían ahí. El consultorio en la primera pieza. En la sala donde lo abrazó a manera de bienvenida. Aquí su recámara y la de ella junto al balconcito, al lado de los almendros y los framboyanes.

—Cuando haga calor podremos correr la cama hasta el balcón y será como tener un día de campo. Podré tocar las hojas con tan sólo estirar la mano—, dijo.

Desde entonces se dio a la tarea de fingir que no había transcurrido el tiempo. Recorrieron tiendas de viejo, bazares, boticas. Recuperó por obra de lo ajeno parte de lo que pudo haber sido su pasado. Su madre decoró la escena con la minuciosidad de un director experto. Distribuyó los frascos en la vitrina. Los enormes cartelones cargados de hígados obesos y pulmones llagados. Le indicó el mejor sitio para el vitrolero de los mellizos. Dos cuerpos confundidos en un solo montón. Sin dejar de ser uno, impedidos de ser dos.

—Ahí... Al lado del cartel —dijo y lo ayudó a colocar la repisa. Los gemelos recibirían a los recién llegados y nada escaparía a sus ojos.

—Imagínate, si nadie resiste la mirada de los muertos, qué pasará con la de los que nunca vivieron —agregó.

Y lo obligó a mirar el frasco. El montón viscoso que nadaba en formol y giraba graciosamente hasta tocar con la frente la pared redonda. Luego extendió los brazos en un ademán demostrativo y giró también en medio del consultorio como una recién casada que pisa por vez primera su nuevo hogar. Rejuvenecida, consciente del imperio que crecía a su alrededor, lo invitó a contemplar el universo del que él formaba el centro.

—Aquí escribirás el mejor de los libros... Haz de cada receta el capítulo de una biografía.

Redactó el anuncio para el periódico: *Consultas de 8 a 2 y de 5 a 8. Lunes a sábado...*

—Tu primera publicación en la ciudad que te vio nacer —le dijo cuando leyeron el diario y volvió a sonreír con la vieja sonrisa que se inició el día del brindis y que aún no terminaba.

—No puedo hacerlo —le dijo por fin.

Ella continuó como si no hubiera escuchado. Con el diario en la mano dio algunos pasos en busca de la luz. Contempló a placer las cinco líneas que daban cuenta de ubicación y condiciones.

—Mamá... —repitió con voz reblandecida—. No puedo engañarlos.

Lo miró a los ojos. Del otro lado de la ventana las ramas de los árboles se agitaron con el viento. En la cabeza de la mujer, el cabello se inquietó levemente. Crepitó al unísono de cristales y madera.

—Tú lo puedes todo... Te sobran las palabras.

Lo apretó contra ella y esta vez su cabello no dolió en su cara. Pero él volvió a insistir con la misma voz húmeda y reblandecida.

—Mamá... por favor. Ni siquiera a ti puedo curarte.

—Ten fe... Fortaleza... Eres lo único que me queda.

Por la noche lo arrulló con palabras. Le dijo de su soledad, los 20 años de espera. La endeble esperanza de que sus esporádicas visitas se volvieran permanentes. No podría ser de otra manera. De qué vivirían. La práctica cotidiana le devolvería la habilidad, el

conocimiento de los cuerpos ajenos. Comenzarás a escribir un nuevo capítulo de tu vida, le dijo.

Al otro día despertó con la certidumbre de que no quedaba nada de su rebeldía. Había vuelto y se quedaba.

—... los almendros, los framboyanes.

VIII

Bajó a la fonda del primer piso y solicitó dos comidas en lugar de una. Vio a la mesera observarlo desde el ventanillo practicado entre el comedor y la cocina. Luego la miró seguir todos sus movimientos. Se percató de que jamás había imaginado así al “hijo de la señora”. Los retratos en la sala del departamento de allá arriba mostraban una cara diferente. (El hijo de la señora recibíéndose de doctor. El hijo de la señora diciendo adiós desde un puente. El hijo de la señora en una librería de la capital.) Apenas si la delgadez del cuerpo, aquellos miembros cuyas articulaciones hacían pensar en una bisagra mal puesta, mantenían una precaria semejanza. Pero ahí estaba, derrotando con su presencia toda intención de reducir a mentiras las historias de la señora. Existía ese hijo. Era él y había vuelto. Existía por tanto un pasado puesto en duda y perdido en un momento de mala suerte.

Lo miró solicitar las comidas y ofrecer el pago instantáneo como si se tratara de una venta de mostrador y no de abonados. Insistió en ello y dijo que pagaría diariamente lo que le llevaran al consultorio. A todos les pareció que esperaba dejar bien claro la inminencia de su pronta y súbita partida. Luego se marchó con la certidumbre de haber construido detrás de él ese pasado en el que nadie había creído.

Fue cuando recorrieron los altillos y bazares. Los tapancos olorosos a mierda de murciélago, en busca de ese pasado que urgía recuperar. Aquel que no había sido capaz de edificar confundido por el sueño de contar historias ajenas. Adquirieron instrumental obsoleto pero increíblemente bello en sus formas y agudezas. Se decidió por una vitrina que rebasaba su altura y donde con la ayuda de su madre compuso un diseño que cedía los sitios privilegiados a los recipientes colmados de vísceras anónimas, sin recuerdos ni

descendencia. Se maravilló ante la constante transformación de aquellos pequeños hermanos que lo miraban seriamente, acunados por el líquido ambarino que los arrullaba a destiempo.

Y todas las tardes, cuando volvía cansado y sudoroso de sus largos viajes por la historia ajena, miraba a la mujer de la fonda a la espera de su saludo o de su sonrisa. Se percataba del asombro producido por su cargamento y la imaginaba componer en su cabeza el universo que nacía en el segundo piso. Atiborrado ya de cordilleras y penínsulas, de ríos y pantanos; transformándose para recibir a los que comenzaban a desprenderse de villorrios y rancherías en un intento por cobijarse en aquel territorio libre de enfermedades.

Y todas las mañanas también estaba ahí para constatar con incrédulo regocijo, la disciplinada hilera de pacientes apostados al pie del zaguán. El lento ascenso por la escalera. El resuello sudoroso y vegetal de aquellos hombres y mujeres acostumbrados al llano y al libre correr del viento.

Y entre las dos y las cinco, vacíos pasillo y escalera, la escuchaba subir trabajosamente guardando con pies y manos el equilibrio de pasos, charola y alimentos. Advertía su detención tras la puerta a la espera de que el ritmo del aliento le permitiera reconstruir la sonrisa. Luego, los tres golpes quedos y espaciados propinados seguramente con la punta del zapato.

Abría la puerta y enfrentaba su cara sonriente. El sudor que brillaba en la penumbra fresca aunque olorosa a viejo. Su “Aquí tiene, doctor”, respetuoso y provocativo. La dejaba ahí, con el peso del almuerzo para dos sostenido a la altura del pecho, emborronada por el vapor de atoles y guisados, soportando una sonrisa que paulatinamente iba venciendo el cansancio. La dejaba ahí para estudiar sin pudor alguno aquella extraña mezcla de resequedad y sudor. Observaba la aridez de su mirada y luego la lengua que lamía los

labios. Los músculos que temblaban por el esfuerzo, la sonrisa que palpitaba incontrolada y volvía la boca un batracio a la vez moreno y sonrosado.

Adelantaba la mano e introducía en el bolsón del mandil el puñado de monedas sin dejar de mirarla a la cara y detectar así el efecto de su mano que roza el cuerpo bajo la tela, descubre el elástico de la pantaleta, el orificio del ombligo y acaricia en un movimiento no desprovisto de ternura, la piel flaca y tirante.

—Aquí tienes... Cuéntalo si quieres, pero está completo.

—Gracias, doctor.

Y sonríe al descubrir en la voz de la fondera la misma sumisión de sus enfermos.

En la habitación del fondo, su madre fue perdiendo terreno distraída por su empeño de conservar a toda costa la almidonada blancura de sus batas, la impolitez de sus mocasines. Comenzó a morir de verdad; o al menos así se lo pareció. La risa y la actividad de los primeros meses la obligaron a tomar largos descansos en la mecedora y luego en el lecho. Aceptó su postración con la certeza de que ésta tenía una encomienda más señalada que la simple y vulgar de mantenerla inmóvil. Supo que de su confinamiento dependía la estancia de su hijo y lo soportó con la reciedumbre de los mártires. Sonrió a su padecimiento. Lo bendijo y se fortaleció en su enfermedad. Pero extrañaba el lento balanceo de los framboyanes, el color de la luz en las hojas de los almendros. Solicitó y obtuvo que su hijo adaptara pequeñas ruedecitas a las patas de la cama para que su cuerpo pudiera ser transportado a voluntad. Fue y vino por la superficie de la habitación hasta que encontró acomodo en una esquina del cuarto. Desde ahí se asomó a la luz, las copas de los árboles, a la ciudad que crepitaba allá abajo por obra de calores y tranvías, de arena y súbitos ventarrones.

IX

—¿Para qué regresó? —preguntó la mujer.

—Tengo una madre enferma —respondió a sabiendas de que sus palabras rezumaban cursilería. Que el gesto con que seguramente las acompañaba, encajaba a la perfección con aquel cuartucho endeble y descascarado al que sólo parecía sostener el débil hilo de luz de un foco encendido a media tarde.

—¿Vino a curarla?

—A ayudarla a bien morir —dijo y se volvió para mirarla. Bajo las sábanas duras y agrisadas por el uso, pendiente de su cara como ella de sus palabras, se percató de que la mujer revivía en su imaginación una escena de película barriobajera.

La mujer le oprimió la mano y se acercó para besarle la mejilla. Fue un acto debilitado por la luz de aquel foco que estaba ahí desde siempre, al que ninguno de los fugaces inquilinos se había ocupado de apagar como si estuvieran ciertos que de él dependía la existencia del universo. Resistió el roce de los labios bajo su oreja; la mano que repetía la caricia como si lo invitara al reinicio del amor.

—Pobrecito de usted —dijo la voz en su oído.

El comentario le trajo a mientes la eterna crítica de sus amigos. (*Parece que escribes para las criadas,*) Y seguramente era verdad porque a su lado la mujer lloraba en un acto que la luz del foco volvía repugnante y teatral. Sin embargo parecía serena, consciente de que resultaba más fácil compartir la pena que el amor. Que en ello estriba la fortaleza y condena de los amantes.

La apartó con suavidad. Fingió la necesidad de mirar por la ventana y se levantó a apagar la luz del foco en un intento por provocar el caos. Pero nada sucedió. La cortina se hinchó de luz verdadera y supo que del otro lado la claridad carcomía las paredes. Era un pájaro enorme que picoteaba la cal y las piedras. Abrió una rendija entre las cortinas y miró el puerto. La arboladura de los buques, la chatarra en las esquinas de los muelles. El lejano mar vuelto fantasma por la brillantez de la tarde.

Dio la espalda a la luz y enfrentó la cara de la mujer. Apoyada en la cabecera de la cama, dejaba que sus pechos minúsculos desaparecieran de su cuerpo. Apenas dos manchas amoratadas que podrían confundirse con magulladuras. *Un doloroso cuerpo golpeado por la vida*. Tachoneó en su cerebro la frase. Cómo llamar la visión aquella que emergía de las sábanas percutidas, que se apoyaba en la cabecera de latón con la vergüenza de un santo abaratado por la fe y la estupidez de sus devotos. La mujer malinterpretó su mirada y extendió los brazos en una invitación a la cercanía. Si no al amor cuando menos a la cercanía. Cómo nombrar aquellos brazos si no con las palabras de toda la vida.

—Vámonos... Es tarde.

Fue la última vez. No tenía caso. Y en respuesta ella se vengaba tres veces al día con la repetición de la misma comida, con el insulto que a sus ojos (y a los de su madre), significaba la taza desportillada, la cuchara de peltre, la imposibilidad de encontrar un tenedor para sujetar los trozos de carne. Lo único que permaneció igual fue el *usted* del que jamás pudo despojarse ni en el amor ni en la guerra. Nunca nadie lo había llamado por su nombre. Era de los que ameritaban un tratamiento especial (hijo, doctor, usted) como si todo el mundo estuviera consciente de su lejanía, su fragilidad, de que para resquebrajarlo bastaba sólo un empujoncito.

X

Durante todo el día había resentido el silencio más allá de la puerta cerrada. Sentado tras el escritorio, echó de menos el bullicio de pasillo y escalera. Pasó largas horas mirando las sillas vacías, el chinesco decorado del consultorio. El sitio donde todos los días de la semana se apretujaba la gente, le había arrojado a los ojos el aliento hueco y tibio que queda en los espacios acostumbrados a la multitud. Pero se trataba del día en que Dios descansó aunque él no estuviera dispuesto. Quedaba mucho por hacer. Tanto, que decidió romper el tiempo como antes intentó desquiciar el mundo en aquel hotel del muelle. Añadiría un día más en el letrero del consultorio, en el anuncio del diario. Abriría un nuevo escalón en la semana porque el mundo no espera. Estaba ahí, del otro lado de la puerta, dispuesto a que él le pusiera nombre igual que un dios incansable, quizá menos creativo pero sí más empeñoso. Un mundo bautizado a la medida de la enfermedad y el abandono. Traspasado de polo a polo por la anémica luz del foco de un hotel de putas, medido por una semana sin paréntesis de asueto.

Abandonó el escritorio y caminó hasta la ventana. Contempló la palpitación de esa noche con la certeza de que el día tan largamente esperado trotaba ya a la vuelta de la esquina. Junto a él, las cosas más pequeñas comenzaron a vibrar y luego, segundos después, sintió en la piel las reverberaciones del último tranvía. Quizá era lunes otra vez. Tembló el vitrolero en la repisa, la arenilla en el vidrio de la ventana. Detrás de la otra puerta, el lento jadeo de la respiración inició su penosa labor. Volvió la cara para enfrentar su mundo: los brillos del instrumental, los carteles que mostraban la intimidad del hombre, el vapor envolviendo vísceras y gelatinas, los matraces de curvas inverosímiles. Los inseparables

hermanos que vigilaban desde su restringido balanceo, el advenimiento de ese primer día que ya empezaba a latir.

Caminó hasta la puerta y aguardó un instante. La respiración de su madre batallaba trabajosamente en aquel lecho que imaginaba revuelto y tibio. Abrió la puerta y encendió la luz. Tenía los ojos abiertos. La miró mirarlo como si supiera a lo que iba. A lo que estaba dispuesto.

—Mamá... No tiene caso ya... Voy a quitarle las ruedas a la cama.

No supo si asintió con la cabeza o fingió no haberlo oído. Se acuclilló junto a la cama. Sería fácil. Ni siquiera haría falta bajarla de ahí. Sonrió para sus adentros cuando imaginó el golpe seco de la pata al golpear la duela. El súbito estremecimiento del colchón. Su cara asombrada. La supo ya sin posibilidad de movimiento. Cobijada por la luz que de vez en cuando tocaría la superficie de la cama, flotando entre las sábanas como los gemelos en el frasco de formol.

Diciembre, 1985